

El lápiz de Esculapio

Anginas

José Vicente Aracil Lillo*

La página de cristal sigue en blanco. Pensativo, arrastro el puntero —con forma de *I* mayúscula— hasta colocarlo justo sobre el cursor: palpita. Siento todo el dolor en ese punto; como cuando me machaco un dedo y noto los latidos dentro de él. Luego sigo buscando historias en las paredes: en el barco de vapor del cartel de una película que otras veces tanto me ha ayudado, en el mar en calma de un cuadro, en las palabras que este viento de mayo arranca de mi ventana. «Qué solo..., qué solo...», dice el viento.

Un pollito viene piando desde muy lejos. Hace meses que me pía dentro de la cabeza, pero no encuentra la forma de salir de allí. Recuerdo que lo traía mi madre guardado en el pecho. Yo tendría siete años y estaba enfermo: anginas, seguro; siempre eran anginas.

—¿Por dónde vive Pepito Zaragoza?

—Por allí —decía mi madre señalando con el dedo una de las paredes amarillentas. Y yo sacaba la lengua en la dirección que ella me indicaba.

Aquella mañana me pareció oír un piar dentro de la habitación, allí mismo y a la vez lejos.

—¿Qué es?

Y mi madre se sacó del escote el pollito moribundo, cubierto todavía de plumón.

—Casi se hiela esta noche... Le he dado vino, no sé si conseguiré salvarlo.

El puntero sigue palpitando, más despacio ahora. La historia del pollito parece tranquilizarlo. Ese pollito lleva meses intentando volver. Lo escucho dentro de todas las habitaciones, dentro y lejos, igual que entonces; refugiado en el escote de mi madre, buscando un relato que se esconde. Sabe que si al final no consigue dar con él, un día acabará marchándose para siempre, como se fue aquel otro, esa misma mañana de anginas y fiebre... Don José, el médico, me ponía su enorme mano en la garganta y me apretaba buscando ganglios o algo inflamado... Que no los encuentre, que no los encuentre... Le vamos a poner estas inyecciones... y siete días de cama... Los encontró.

Yo tenía una habitación con un Corazón de Jesús (rodeado de espinas) sobre el cabezal y un solo ventanuco muy alto que daba al salón. Por allí tiraba un hilo atado a un contrapeso; el otro extremo del hilo lo ataba a un indio que, al soltarlo, trepaba por la pared hasta el ventanuco. Se pasaba los días de cama y fiebre trepando por aquella pared amarilla.

—¿Cuándo viene Pepito Zaragoza, mamá?

—Hasta la tarde no viene.

El indio disminuía la velocidad de escalada conforme se acercaba al borde del ventanuco. Después se asomaba muy despacio para no ser descubierto. Únicamente sacaba los ojos por encima del marco de madera... y lo descubría todo. Nunca me contó lo que vio al otro lado, solo sé que bajaba blanco de miedo por la pared y no podía hablar. Era un indio cobarde y lo sabía. Yo se lo decía muy a menudo. «Un día verás», contestaba él entre la rabia y la impotencia.

Una de las veces que mi madre vino a la habitación —no sé si a traerme agua o a qué—, no escuché al pollito. Cuando pregunté por él lo sacó del escote con la cabeza tronchada y los ojos grises y cerrados. Luego mi memoria lo volvió a guardar otra vez entre sus pechos, y de vez en cuando vuelve a piar, como si estuviera en el mismo lugar en el que yo me encuentro, y a la vez muy lejos...

Fueron muchos días de fiebre. Pepito Zaragoza venía con sus cajitas metálicas. Las abría sobre la mesa del salón, llenaba la parte de abajo de alcohol, la de arriba de agua, y sumergía una aguja muy larga, con el cono dorado, y una jeringa de cristal en ella. Después acercaba una cerilla, prendía fuego al alcohol y charlaba con mi madre mientras el agua hervía.

Aquella tarde, cuando ya había preparado la disolución y golpeaba la jeringa con la uña del índice para desprender las burbujas de aire, vio aparecer un indio por el ventanuco. Aquello le dejó con la boca entreabierta, el índice enganchado contra la yema del pulgar formando un círculo. Y antes de que pudiera decir nada, el indio saltó la madera y se arrojó sobre él.

La jeringa debió de romperse contra el suelo, que se llenó de cristales, y de penicilina, y de plumón amarillo, y de indios muertos, y de hilos atados a contrapesos, y de gritos de mamá...

Después el tiempo barrió lo que pudo.

* Auxiliar técnico de farmacia, San Vicente del Raspeig (Alicante, España). Dirección para correspondencia: jvaracil@inicia.es.